





# LA VIRGEN EN EL BALCÓN



Ana Grisaleña

# LA VIRGEN EN EL BALCÓN



Primera edición: noviembre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Grisaleña

ISBN: 978-84-10082-14-4

ISBN digital: 978-84-10082-15-1

Depósito legal: M-32731-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Pilar, por tantas tardes de lectura.  
Y a Adrián, por empujar hasta la última palabra.*





## La cordada

Cuando la cordada de presos abandonaba la cárcel de Corte camino de la Puerta de Vallecas, las campanas de todas las iglesias de Madrid anunciaban que el rey Felipe, tercero de su nombre, acababa de morir. Martín estaba atado hacia la mitad, detrás de un parricida y delante de un acusado de pecado nefando que no habían sido ajusticiados porque las galeras del rey necesitaban remeros. A lo largo del camino, familiares y amigos esperaban a los presos para decirles adiós. A Martín no lo esperaba nadie. Su familia no salió a despedirlo. Sus amigos, tampoco. Las únicas personas que podrían haberlo esperado morirían en la hoguera poco tiempo después.

Las calles que atravesaban comenzaban a llenarse de gente que demostraba su dolor por el rey recién muerto con unos lamentos tan exagerados y estridentes que Martín pensó que la villa se había convertido en un gran teatro y sus vecinos en una inmensa compañía de comediantes. Sonrió al darse cuenta de la diferencia que había entre su situación y sus pensamientos. Camino de galeras de por vida, camino de una muerte lenta pero segura, se entretenía contemplando los gestos esperpénticos de sus vecinos en vez de ocuparse de la salud de su alma, pero el espectáculo era tan divertido que hasta en el potro de los tormentos se habría visto obligado a sonreír. Algunos vestían ya de luto, como si hubieran sabido de antemano la fecha de una muerte no demasiado previsible. Los que no disponían de luto que echarse al cuerpo llevaban en lugar bien visible algo negro, aunque fuera un trapo. Una mujer, a falta

de velo con que cubrir su cabeza, se había encajado hasta la frente una media negra que le colgaba por la espalda como caperuza de bufón. Buen día para sastres y tintoreros y malo para comediantes, que se verían obligados a llevar el luto en el estómago durante meses. Para él también habría sido un buen día. Con las comedias suspendidas y los prostíbulos oficiales cerrados por el duelo, una casa discreta como la suya habría hecho una buena bolsa. Si Juana no se hubiera ido de la lengua...

Los presos esperaban la orden de marcha alineados frente a la fachada de la cárcel que daba a la plaza de La Provincia. Miraban hacia la iglesia de Santa Cruz esperando un milagro tardío que los librara de las cadenas y despejara la calle para permitirles la huida, pero no ocurrió el milagro; ni siquiera apareció uno de los miembros de la cofradía de La Caridad y la Paz, que tenían su sede en la cercana iglesia, para prestarles su auxilio espiritual. Ese día tenían mejores cosas que hacer. De la fachada de la iglesia de Santa Cruz, los presos volvían la vista al ruinoso edificio de la cárcel ante la que estaban parados, tan ruinoso que sería derribado antes de que acabara el año. Las rejas y los portones estaban desencajados, tanto que un par de empujones podrían sacarlos del marco y dejar el paso libre a los presos que se quisieran fugar, pero los ocho galeotes que formaban la cordada demostraban que hacerlo no era tarea fácil porque casi todos lo habían intentado. Martín no estaba entre ellos. En los pocos meses que habían transcurrido desde que los alguaciles lo detuvieron en su casa, su única ocupación había consistido en repasar los hechos que habían ido encadenando su vida, sus pecados, como los llamaba el confesor. Y en los días eternos que formaron aquellos meses, en las largas confesiones que tenía casi a diario, decidió que las galeras eran un castigo demasiado suave para pagar tantos errores. Su confesor insistía en que se arrepintiera del último, el que lo había atado a la cordada, pero él estaba seguro de que el robo de la Virgen no era más que la consecuencia lógica de todo lo que había hecho en los años anteriores. Claro que se arrepentía de una acción más propia de herejes que de un cre-

yente convencido como era él, pero, aunque callara, no estaba de acuerdo con el confesor cuando le decía que la Virgen lo castigaría con penas horribles por este hecho. No, la Virgen lo había comprendido y perdonado desde el mismo momento en que la sacó de su ermita. El Padre y el Hijo lo condenarían, pero la Virgen no.

Los alguaciles que conducirían a los presos hasta el puerto de Cartagena comenzaron a moverse. Los que iban a pie desplazaron a la cordada hasta colocarla frente a la calle de Atocha. Allí, los guardias de a pie y los de a caballo ocuparon su puesto y el comisario dio la orden de marcha. A sus espaldas comenzaba a formarse otra cordada. De la vecina iglesia salía una cruz seguida de un grupo de hombres, con las espaldas desnudas y el látigo en la mano, que empezaban a disciplinarse para ofrecerle a Dios las heridas de sus carnes a cambio del perdón de los pecados del rey recién muerto. Las gentes que subían por la calle de Atocha y las que ocupaban la plaza dirigían sus miradas hacia los disciplinantes y unían sus lamentos con los de ellos. Eran pocos los que fijaban su atención en los presos, tal vez porque su presencia en la calle era cosa de todos los días y el espectáculo que proporcionaba la muerte de un rey se hacía esperar, pero algunos reparaban en ellos y, entre rezo y rezo, hasta los oídos de los presos llegaban exclamaciones de lástima mezcladas con algún insulto. La cordada tampoco permanecía en silencio. La mayoría de los presos llevaba la cabeza muy alta, una sonrisa desafiante en los labios y la lengua preparada para agradecer las frases de lástima, responder con insultos a los insultos y lanzar observaciones soeces a toda mujer con la cabeza cubierta de negro que subiera por la calle. «Gente de baja condición —pensaba Martín—, todos con la espalda marcada por el látigo del verdugo, algunos visitando las galeras por segunda vez, nacieron brutos y brutos morirán». Agradeció las ropas de menestral que vestía porque le permitían pasar desapercibido entre los otros. Si algún conocido se cruzaba con ellos y echaba una mirada distraída a los galeotes, no podría imaginar que, debajo de aquella cabeza rapada y aquellas ropas, se escondía el hijo de un alcalde de

Casa y Corte y el hermano de un oidor de la audiencia de Sevilla y de un dominico profesor de la Universidad de Alcalá. Vestido así, el nombre de su familia no se veía mezclado con un condenado a galeras, pero él tenía muy presente que pertenecía a una familia hidalga por los cuatro costados. Galeote o no, él estaba muy por encima de la gente junto a la que se veía obligado a caminar. No lo había olvidado en los años anteriores, cuando se mezcló en asuntos turbios y con gente baja. Tampoco lo olvidaría después, atado al remo.

Por la plazuela de la Leña salía un grupo de alcaldes vestidos de gran luto. Martín reparó en el aspecto ajado de las ropas y pensó que las acababan de sacar del baúl en el que reposaban desde la muerte de la reina Margarita. Levantó la cabeza para prestar más atención a la gente que pasaba porque el espectáculo merecía la pena. Cuánta mujer de baja condición, con el cuerpo cubierto de trapos viejos, andaba endiablada camino de palacio. Las de más jerarquía no saldrían de sus casas hasta que el sastre les acabara el nuevo luto. Por lo menos el rey se había muerto en una época en la que el calor no apretaba y el gran luto que algunos se verían obligados a llevar y otros tantos llevarían por gusto no sería tan lesivo para el cuerpo. Cuando murió la reina, el calor provocó numerosos desvanecimientos entre los enlutados. Martín recordaba los pesados paños negros que la familia se vio obligada a llevar por el puesto que ocupaba su padre. Una tarde, su padre tuvo que ser transportado a casa en una silla de manos. Los conocidos que lo encontraron apoyado en una pared de la calle Mayor, tan descompuesto que estaba a punto de caer al suelo, lo llevaron casi en volandas hasta la plazuela de los Herradores y le montaron en una silla de alquiler.

*Yo estaba en la puerta cuando llegó la silla. Los acompañantes lo subieron hasta su habitación y lo dejaron en la cama con todos los habitantes de la casa a sus espaldas. Mi madre lo refrescó como pudo y le dijo, ya en familia, que para el parentesco que tenía con la reina había llegado la hora de prescindir del luto. Era la primera vez que le oía decir a mi madre una frase vagamente*

*irrespetuosa referida a una persona real. A mi padre le oí muchas. Acurrucado junto a mi hermana María detrás de las cortinas de la puerta, escuchaba las conversaciones de los hombres que se reunían en la sala. Mi hermana me hacía notar que, al empezar la reunión, todos alababan a la monarquía. Detrás de cada «al duque lo nombraron ayer jefe de todos los Ejércitos de...» venía un «Dios lo ilumine para soportar las pesadas tareas del Gobierno». Pero cuando la mayoría se había marchado y solo quedaban los tres más íntimos, hablaban de las riquezas descomunales que había acumulado el duque de Lerma desde que se había convertido en favorito del rey, de los cargos mejor remunerados que recaían en su persona o en sus familiares, de la soberbia y rapacidad de sus hombres de confianza. Y entonces sus comentarios eran francamente injuriosos para estas personas y para el propio rey. En una comida, mi hermana hizo una observación demasiado aguda sobre el Gobierno del valido y mi padre le prohibió esconderse tras las cortinas para escuchar conversaciones sobre temas de los que una mujer no tenía que saber nada. La vigilaron con tal cuidado que tuvo que mandarme a mí a enterarme de lo que se hablaba en la sala y darle después el recado. Solo le interesaba lo que se decía al final, cuando casi todos se habían marchado. Y solo decían que se robaba. Los hombres del Gobierno robaban. Los alcaldes y los regidores robaban. Los jueces cobraban lo que no debían. Hasta el último alguacil extorsionaba para conseguir dinero. Cuando tuve edad para entender lo que decían, le pregunté a mi padre por qué no condenaba a los ladrones si ese era su oficio y me contestó que a esos ladrones no se los podía condenar. «Cómo que no si esa misma mañana había ordenado dar azotes a una mujer que robó un pan en los tinglados de la Red de San Luis», pregunté. «Porque los ladrones de los que hablamos son muy poderosos y solo podrían pararlos otros tan poderosos como ellos», me contestó. Y para qué iba a pasar yo años estudiando Leyes, como quería mi padre, si grandes cosas no se podían hacer y se podía ganar el mismo dinero con otras ocupaciones. O más. Todos hablaban del conde de Villamediana, que se marchó de la corte cubierto por las dendas que le dejó su padre y había vuelto con una considerable fortuna que ganó con los naipes. Porque yo no iba a robar. Nunca lo hice, ni siquiera cuando me vi en la calle buscando algún conocido que me sentara a su mesa para calmar un hambre de días. Bueno, sí, robé una vez, y aquí estoy.*

La cordada traspasó el Colegio de Santo Tomás y llegó a la embocadura de la calle Barrionuevo. Al final de ella, se veía la de la Concepción Gerónima, la calle en la que empezó todo. Allí estuvo su primera casa, unos cuartos alquilados en el tercer piso de un edificio que pertenecía a los padres dominicos. Allí, Juana y Jacinta le ganaron en poco tiempo el dinero que le permitió mudarse a otra calle más cara y con mejores *viviendas*.

*Mis pobres chiquillas no se merecían lo que les ha pasado. Mi Jacintilla, tan locuela, tan voluble. El día que la conocí, dos comediantas de su compañía se habían tirado de los pelos en plena calle por causa de unos celillos escénicos, y los alguaciles las apresaron. Todos los que estaban en el Mentidero de los Representantes en ese momento tomaban partido por una o por otra. Por la mañana, Jacinta defendía a María Isabel porque lo había dicho Juan, y por la tarde a Ana María porque se lo había oído comentar a Pedro. Para ella no existía más que el momento que estaba viviendo. Los únicos planes que hizo tenían que ver con la joya o el vestido que se pensaba comprar cuando tuviera dinero. Cómo disfrutaba con cualquier cosa, cómo se reía y cómo gesticulaba siempre que contaba algo. Sus brazos parecían molinetes. Nunca me atreví a hablarle claro sobre la chica que hacía de reclamo porque era incapaz de estarse callada, y fue Juana la que habló. Juana, la amargada, la descreída, la que no sentía respeto por nada ni por nadie. Estaba convencida de que ningún hombre era de fiar y fue ella la que se enamoró como una chicuela inexperta.*

La marcha de los presos a lo largo de la calle de Atocha era lenta. La multitud que subía o bajaba o estaba parada les impedía el paso franco. A trechos, algún preso se paraba para comentar a gritos el aspecto burlesco de algún paseante, detenía la marcha de todos y el alguacil más cercano tenía que hacer uso de la vara para ponerlos otra vez en camino. Martín seguía caminando con la cabeza baja, pero, cuando se detenían, la levantaba ligeramente y paseaba su mirada por la calle con la expresión de ansiedad del que sabe que ve por última vez un lugar en el que le gustaría quedarse. En cada esquina, en cada puerta, en cada tienda, Martín reconocía los lugares de su infancia. En el sótano de una casa que acababan de dejar atrás vivió la vieja que les echaba maldiciones porque se

reían de su ojo estropeado. Justo enfrente tenía casa propia un amigo de su padre, que le regalaba avellanas los domingos por la tarde cuando se encontraban durante el paseo familiar. Y un poco más adelante, en la planta baja, la escuela en la que aprendió a leer. Y las escaleras de la iglesia de San Sebastián, donde le enseñaron a jugar a los dados. Y el hospicio donde lo recluyó su padre por unos días para intentar reformarlo.

Estaban pasando por el colegio de niñas huérfanas de Nuestra Señora de Loreto, que fundara Felipe II, y tenían a la vista el Hospital de Antón Martín y las primeras casas de la calle de Santa Isabel. Martín se imaginó recorriendo la calle, deteniéndose ante cada fachada y penetrando en la casa que había sido suya hasta que su padre lo echó de allí y lo borró de la memoria familiar. Pensaba en su madre con el corazón encogido. La imaginaba arrodillada ante la imagen de la Virgen de Atocha, que tenía en su cuarto, rezando por él, tan anciana, tan enferma que este último disgusto la llevaría a la tumba. Su padre se estaría preparando para salir de casa, si no lo había hecho ya. Se dirigiría a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte evitando la calle de Atocha, evitando encontrarse con él. Intentaría en vano no pensar en ese hijo pequeño convertido en galeote. Su pobre padre. Martín se imaginaba la angustia del anciano reconcomiéndose ante la idea de que tal vez su blandura ante las travesuras infantiles del hijo le hubiera llevado a tomar un camino que lo conduciría al remo de manera inevitable. Martín se dolía de los días difíciles que les aguardaban, solos en una casa silenciosa que se había quedado demasiado grande, con los hijos que los podrían haber consolado viviendo en ciudades lejanas. O en el convento. O muertos. En un instante, su pensamiento voló de sus padres a sus vecinos. Si levantara la cabeza y se atreviera a mirar la figura de los que pasaban, reconocería a muchos de ellos. Por lo tanto, también ellos podrían reconocerlo a él. Y entonces lo oyó.

—Mira, Remírez, el hijo del alcalde de Casa y Corte —le gritó un viandante al que estaba a su lado.

—¿Remírez en la cordada y con esa ropa? —contestó el otro—. Las gentes de familias como la suya no van nunca a galeras.

—Pues yo diría... —y calló dudando de lo que había visto porque su acompañante tenía razón, solo la gente baja terminaba en la hoguera. O en galeras de por vida, que venía a ser lo mismo.

Martín sintió que se derretía por dentro. Bajó la cabeza hasta hacerse daño con la cadena que lo sujetaba por el cuello a la cordada y subió las manos atadas para taparse la cara y evitar ser reconocido. No necesitaba levantar la vista para saber el punto exacto en el que se encontraban, lo que habían recorrido y lo que les quedaba por recorrer. Su pensamiento bajaba por la calle hasta encontrar la escuela en la que había pasado tantos años y pensaba: «Si no me hubiera escapado tantas veces...». Retrocedía hasta la iglesia de San Sebastián: «Si no me hubiera sentado nunca en estas escaleras...». Volvía a bajar casi hasta el final de la calle, hasta el hospicio de los Desamparados: «Si hubiera cumplido los buenos propósitos que me hice al salir de aquí...». Sin levantar la vista, supo que pasaban por la entrada a la calle Amor de Dios. Su pensamiento la recorrió hasta la de Huertas y esta hasta el Mentidero de los Representantes. El barrio de los comediantes había sido su auténtica escuela. Cada escapada de los Reales Estudios terminaba allí y allí aprendió que se podía llevar una vida muy cómoda sin necesidad de largos y aburridos años de estudios. Por ejemplo, se podía ganar una fortuna con los naipes. Para demostrarlo estaba el conde de Villamediana. Cómo lo admiraba. Escuchaba con avidez lo que se decía sobre él. Con la misma elegancia se sentaba en las mesas de juego de la casa de conversación que regentaba el duque de Alba, donde solo entraban los más nobles, que en las del mesón del Alamillo, donde se reunían los hombres más duros de Madrid. Y casi siempre ganaba. Su amigo Agustín le hacía notar que lo normal era perder. En el barrio de los comediantes vivía Góngora, el racionero de la catedral de Córdoba que se pasaba la vida en la corte. Por el día escribía y por la noche jugaba. También le gustaban los locales de mala fama. Martín lo recordaba jugando en el mesón



de Maese Pedro y en el del Alamillo, perdiendo con frecuencia y bebiendo cada vez que perdía una mano. Tenía muy mal perder. La gente se metía con él cuando se enfadaba y él respondía lanzando dardos envenenados en forma de versos. Cuando Agustín le ponía como ejemplo a Góngora, contestaba que las cosas no tenían por qué salir así. Solo había que jugar mejor que nadie y sentarse en las mesas en que se apostaban grandes cantidades. Y durante los años de su adolescencia intentó convertirse en un gran jugador.

En el Mentidero aprendió también que se podía vivir muy bien de las mujeres. En el barrio de los comediantes había abundantes ejemplos de cómo hacerlo. En el nivel más bajo estaban los maridos que se iban de casa cuando su mujer recibía a los amantes que ellos mismos habían buscado y dejaban en manos de estas la habilidad de conseguir del amante el suficiente dinero para ir bien comidos, bien vestidos y con unas monedas en la faltriquera para jugárselas en cualquier esquina. O los que tenían con ellos una mujer que, por amor o por la fuerza, les ganaba dinero de la misma manera. Los que tenían dos o tres mujeres trabajando para ellos ocupaban un escalón más alto. Y en la cima, los que regentaban mancebías servidas por muchas prostitutas. La mancebía que estaba al comienzo de la calle de Francos era la más elegante de todo Madrid, la que tenía la clientela más selecta y las habitaciones más lujosas. Todo el mundo se hacía lenguas de la riqueza de la casa. Las mujeres decentes enviaban a sus criadas a enterarse de los muebles y las telas que adornaban las habitaciones de boca de las que hacían la limpieza. Los hombres se enteraban por sus propios criados, pero, si no lo conseguían, se rebajaban a preguntar a sus mujeres. Y ellos y ellas se extasiaban ante la descripción de los tafetanes carmesí y pajizo que tapizaban las paredes de la sala y la alcoba que disponía cada prostituta, de la pesada cortina de terciopelo verde oscuro rameado de oro que separaba ambas estancias, del estrado con alfombra turquí y cojines de terciopelo, del bufetillo y tocador con espejo de Venecia, de la cama vestida con sábanas de tafetán negro y el brasero de plata que calentaba la estancia. Martín también soñó con poseer uno que se le pareciera.

*Las mujeres que vivían en la calle de Francos, esquina con San Agustín. Cómo he podido olvidarlas durante tantos años y recordarlas ahora con tanta claridad. Eran dos. La mayor pasaba de los cincuenta. Siempre vestía de negro, con la toca de viuda y un enorme rosario atado a la cintura. Cuando yo la conocí era ya una anciana, pero el rostro, que aparecía enmarcado por los velos, conservaba todavía unos rasgos atractivos. De joven tuvo que ser una belleza. ¿Cómo se llamaba? ¿María? ¿Manuela? La otra era más joven, pero ya había dejado atrás los treinta. Antonia, esta se llamaba Antonia. Vestía de manera muy discreta, menos los días de fiesta, que era cuando mostraba su riqueza en forma de joyas y ricas telas. Los vecinos se preguntaban de dónde salían esas prendas tan caras si las mujeres no tenían patrimonio ni oficio conocido, aunque las gracias de Antonia y los hombres que entraban en la casa justificaban sobradamente tanto esplendor.*

*¡Cuánta gente entraba en esa casa! Muchos hombres y, sobre todo, muchas mujeres. Claro que eso no tenía por qué llamar la atención. La misma escena se repetía en casas situadas en cualquier rincón de Madrid y, sin embargo, los vecinos hablaban mucho de las cosas tan raras que pasaban en la casa de las dos mujeres. Eso tampoco importaba porque lo mismo se decía de otras casas en otros barrios. No importaba qué se hablaba sino quién hablaba y, sobre todo, quién escuchaba. Si el que hablaba de lo que pasaba en una casa tenía un cargo oficial, aunque fuera pequeño, y el que escuchaba era un espía de su majestad o de la Inquisición, o simplemente un chivato, los habitantes de la casa podrían tener problemas serios, aunque lo que pasara allí fuera lo mismo que pasaba en las demás casas. Y en la calle de Francos, justo al lado de la casa de Lope de Vega, familiar de la Inquisición, vivía un alguacil. Del familiar de la Inquisición no había que esperar ninguna denuncia, pero el alguacil era otra cosa. Durante días se le oyó gritar que en esa casa pasaban cosas contrarias a las buenas costumbres. Lo gritó por el barrio, por las gradas de San Felipe, por los alrededores de la iglesia de San Andrés y siguió gritándolo hasta que la mayor de las mujeres, vestida con más velos de viuda que nunca, llamó a la puerta de la casa del alguacil. Cuando entró, llevaba una abultada bolsa colgada del rosario que le ceñía la cintura. Cuando salió, la bolsa había desaparecido y el alguacil dejó de lanzar acusaciones contra las dos mujeres. Pero el barrio siguió comentando el sospechoso comportamiento de las dos vecinas. Lo hacían más*

bajo y con más cuidado, mirando alrededor para ver quién pasaba y cortando rápidamente la conversación si se acercaba el alguacil.

Y entonces pasó. Agustín y yo estábamos en el Mentidero, como casi todas las tardes por aquellos días, y vimos que la gente se arremolinaba a la entrada de la calle de Francos para ver pasar a una mujer joven y bonita, que lloraba y daba gritos defendiendo su honor, y cuatro o cinco vecinas, que la consolaban al tiempo que la incitaban a seguir ventilando su desgracia a gritos. El grupo se dirigió a la calle del Prado. Una de las mujeres se retrasó para contar con muchos aspavientos que la mujer vivía en la calle Fuencarral, cerca de Los Pozos de la Nieve, que había conocido a la mujer mayor en las misas de la iglesia de la Virgen de las Maravillas, que la había invitado a su casa dos o tres días a comer y tres o cuatro a tomar el refresco y esa tarde le había contado lo que pretendía de ella, a saber, que se acostara con alguno de los caballeros que visitaban su casa. Los vecinos gritaban sin pensar en el alguacil. Decían que había que avisar a los alcaldes de Casa y Corte porque proponer un negocio tan indigno a una mujer honrada y casada con un caballero pobre, pero caballero, tenía que ser un delito. Algunos de los que estaban allí empezaron a bajar hacia la casa de las dos mujeres. Cuando llegaron, se encontraron las ventanas cerradas y la puerta atrancada. La gente empezaba a alborotar demasiado y nosotros nos fuimos a mi casa para evitar a los alguaciles, que no tardarían en llegar. Por el camino, Agustín se preguntaba cómo una belleza tan pura como la de Antonia podía utilizarse para conseguir dinero y joyas de una manera tan sucia. Yo le decía que, por lo que habíamos oído, convenía a otras mujeres para que lo hicieran por ella. Agustín lo dudaba, pensaba que ella participaría directamente en el negocio. Y Antonia dejó de enamorarnos. Y nos prometimos que, si algún día vivíamos de las mujeres, nunca nos enamorariamos de ellas.

Los días siguientes nos enteramos de que más mujeres habían contado que a ellas les habían hecho la misma proposición y también la habían rechazado, cosa que se dudaba teniendo en cuenta lo bien servidos que iban sus maridos, que no tenían ocupación conocida. La criada también empezó a hablar. Contaba que de las vigas del techo colgaban hierbas con las que se preparaban baños para la más joven. Y empezó a correr la voz de que eran brujas. Y un día vimos rondar por la casa, que continuaba cerrada, a un grupo de alguaciles. Y otro día, los oficiales de la Santa Inquisición golpearon la puerta hasta

*que se abrió. Tardaron horas en salir con un gran equipaje y las dos mujeres detenidas. Y los comentarios se desataron. Que si en el alto había un auténtico laboratorio de alquimista, que si había sapos y huesos de recién nacido, que habían recogido doscientos ducados en joyas y quinientos en oro, que si la ropa era propia de la duquesa de Alba. Pero al final fueron los alcaldes de Casa y Corte los que las juzgaron, las condenaron a ser azotadas sobre un pollino mientras un alguacil gritaba su delito y las desterraron de la corte para siempre. A nosotros nos interesaba saber si era cierto lo del oro y las joyas. Si lo era, el negocio proporcionaba muchos más beneficios de lo que habíamos pensado. Años después, cuando mi amistad con Agustín era solo un recuerdo, me enteraría de que el negocio de las dos mujeres era mucho más grande de lo que habíamos imaginado.*

El paso de los galeotes se aceleró después de la calle de los Desamparados. Seguía habiendo mucha gente, pero la multitud se había aclarado. Entre los viandantes estaban los que subían la calle deprisa, deseosos de llegar al palacio o a cualquier iglesia, y los que caminaban más pausados, con el aire tranquilo del que realiza las tareas de todos los días. Martín, sumido en sus pensamientos, no reparó en la gente que lo miraba con curiosidad. Eran sus vecinos, las gentes entre las que había crecido y, entre ellos, los que habían ido con él a la escuela. No sabían lo que había sido de él porque su proceso se había llevado en secreto en consideración al nombre de su familia, pero el galeote que se escondía debajo de aquellas ropas de menestral les recordaba vagamente a alguien conocido. Solo un hombre de su edad, cargado con unas cestas de mimbre, sintió la suficiente curiosidad como para olvidar sus quehaceres y seguir a la cordada. Quería asegurarse de que el preso que llevaba la cabeza entre las manos era la persona que había creído reconocer.

Martín caminaba ajeno a la gente con la que se cruzaba. Las imágenes de escenas vividas a ambos lados de la calle se sucedían en su recuerdo con la misma claridad que si las estuviera viviendo. A la izquierda, las divertidas, las que lo llenaban, las que le habría gustado vivir desde la posición del noble adinerado. A la derecha, las regañinas, los golpes y castigos con los que su padre esperaba

corregirlo. A la izquierda, cosas nuevas todos los días. A la derecha nunca pasaba nada. Ahora sabía que eso no era así, que su calle era como todas las calles. Allí vivía el hombre que abandonaba a su familia por el simple deseo de ver mundo y la mujer que se aguantaba ese mismo deseo, se hacía cargo del negocio familiar y sacaba a los hijos adelante. El esposo que asesinaba a su mujer por una simple sospecha de infidelidad y el que la prostituía para no tener que ser él el que cargara con el peso del mantenimiento familiar. La jovencita que se metía en un convento para huir de los hombres y la que se escapaba con un hombre llevándose consigo todo el ajuar familiar que pudiera cargar sobre sus espaldas. Ahora sabía todo eso, pero cuando estaba empezando a vivir, la calle Santa Isabel se reducía a la casa familiar y a la necesidad de alejarse de un padre que había preparado para él una vida que no estaba dispuesto a llevar, aunque entonces no lo supiera. Lo que sabía entonces era que la vida de los comediantes lo atraía de manera irresistible, aunque no pensara en convertirse en uno de ellos. Lo que lo embelesaba era la vida aparentemente libre que llevaban, las alegres reuniones que las actrices tenían con los nobles cuando acababa la función y que él podía ver a través de las ventanas de sus casas. Cuando empezó su relación con Jacinta, lo hizo sobre todo porque lo acercaba a las costumbres de los grandes títulos, casi todos amantes de una o varias comediantas. Llegó a ser casi un miembro de su compañía, pero lo hizo con el pensamiento puesto en miras más altas.

Cuando pasó la historia de Morales y Jusepa Vaca, yo ya me había pegado a Jacinta. La Jusepa era una de las artistas más valorada del momento, tanto por su belleza como por su acierto al representar. Él, el autor de comedias; es decir, el dueño de la compañía en la que trabajaban los dos. Vivían en la calle de Francos, a dos casas de las mujeres a las que desterraron. Habían alquilado la parte baja de la casa, con ventanas a la calle, y los que pasaban podían ver a los nobles de más jerarquía hablando y riendo con Jusepa. El marido pasaba mucho tiempo fuera de casa contratando representaciones por los pueblos, alquilando ropa para las comedias o

resolviendo alguno de tantos negocios que tiene que rematar un autor de comedias. De camino a casa siempre había alguien que lo ponía al tanto de las visitas que había recibido su mujer en su ausencia. Antes de llegar a casa, los celos ya lo habían consumido. Empezaba a gritar antes de atravesar la puerta y la pelea que tenía lugar a continuación podía ser contemplada por los que pasaban por la calle. El conde de Villamediana les dedicó unos versos muy graciosos, pero llenos de veneno, como todos los que hace él. ¿Cómo eran? «Llegó al lado de Jusepa...». No. «Jusepa estaba en la sala...». Sí, ya me acuerdo:

*Oiga, Josefa, mire, que ya pisa  
esta corte del rey, cordura tenga.  
Mire que el vulgo en murmurar se venga  
y el tiempo siempre sin hablar avisa.  
Por esa dura y eficaz divisa...  
Que de hablar con los príncipes se abstenga,  
y aunque uno y otro duque a verla venga,  
su marido no más, su honor y misa.  
Dijo Morales y riose un poco.  
Mas la Josefa le respondió airada:  
«¡Oh, lleve el diablo tanto guarda el coco!  
¡Tal haya yo si fuere más honrada!».  
Pero como ella es simple y él es loco,  
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.*

El caso es que los celos de él cada día iban a más y una mañana el barrio se despertó alborotado porque el dueño de la casa, que vivía encima, descubrió al marido recorriendo la casa en camión y con una vela en la mano. Le dijo que estaba buscando al amante que su mujer había escondido en alguna parte del sótano. El hombre recorrió el Mentidero contando a todo el que lo quisiera escuchar que les iba a pedir que se fueran porque tenía miedo de que le quemaran la casa, pero, aunque la escena se repitió los días siguientes, ellos siguieron viviendo allí. Los comediantes siempre fueron buenos pagadores.

La historia del marido en camisón y con una candela en la mano buscando amantes por la casa llegó hasta el Mentidero de San Felipe e hizo reír durante muchos días tanto a los desocupados que llenaban las gradas como a los operarios que trabajaban en su obrador. ¡Qué comentarios se hicieron! Que cómo pretendía un hombre bajo tener honor como los hombres de calidad. Que para qué se casó con una comedianta si quería una mujer fiel. Yo me reía de todos ellos, incluyendo al marido. Un año antes yo también habría pensado que la infidelidad de Jusepa era una deshonra que había que vengar, pero después de las penurias de los últimos meses sabía que comer todos los días y llevar algo de dinero en la bolsa cuando se salía a la calle proporcionaba más honor, o por lo menos más reconocimiento social que la infidelidad de la mujer. Mi padre no pensaba lo mismo y yo lo respetaba tanto que, aunque me hubiera echado de casa, yo nunca haría nada que atentara contra lo que él consideraba su honor. Podría tener amantes entre las prostitutas y las comediantas, pero nunca me casaría con ellas. Aunque ya había planeado vivir de ellas.

Si Martín no hubiera estado tan concentrado en sus recuerdos, habría reparado en los extraños movimientos del hombre de las cestas de mimbre. Se acercaba a la cordada como al descuido y le lanzaba a hurtadillas miradas que querían ser discretas. Se pegaba a las casas y volvía a mirar con menos discreción; ahora a un lado de la calle, ahora al otro. Volvía a acercarse haciendo gestos de reconocimiento y se alejaba moviendo la cabeza hacia los lados seguro de haberse equivocado.

Martín, con la vista fija en el suelo, pensaba en el momento en que decidió lanzarse por el camino más fácil. Durante mucho tiempo se debatió entre los deseos de vivir sin trabajar, que creía que era lo que le correspondía por nacimiento, y el sincero propósito de complacer a su padre y medrar en la Magistratura o el Ejército. Primero descartó las armas porque nunca había destacado en las clases de esgrima ni se había entusiasmado por las victorias de las tropas del rey en unas tierras que no eran las suyas. Además, le había oído contar muchas veces a Miguel, el viejo cascarrabias

al que su padre admiraba tanto, que la vida en la milicia tenía su lado atractivo: la ganancia fácil en los saqueos, las conquistas de las muchachas, que se volvían locas ante las plumas de colores de los soldados españoles, las noches de vino y juego, pero eran más las noches de guardia llenas de sueño y frío, los días que solo se comía galleta mohosa, las horas de ejercicios que duraban hasta que las piernas ya no se sostenían. Y a la vuelta, la ingratitud de un Gobierno incapaz de premiar al que lo había servido bien. Y olvidó las armas.

Estudiar Leyes le pareció una buena opción, pero justo entonces lo echaron de los Reales Estudios y su padre consideró que, solo en Alcalá, se uniría a los estudiantes más vagos y pendencieros y se convertiría en una fuente de problemas mayor de lo que ya era. Entrar en la iglesia ni se lo planteaba. Y así pasaron unos años en que los reproches de su padre se compensaban con los naipes clandestinos y las putas baratas. Hasta que lo echaron de casa.

El hombre de las cestas de mimbre había soltado su carga junto a la tapia de la última puerta de la calle y recogía las boñigas de cerdo más frescas que podía encontrar por el suelo.

—¡Caballero galeote! —gritó con voz aflautada.

Ya estaba seguro de que el preso atado hacia la mitad de la cuerda era su antiguo compañero en la escuela de primeras letras, el niño al que había que ceder el paso y aguantar impertinencias sin fin porque era de mayor jerarquía. Había llegado el momento de vengar agravios que había rumiado durante toda su vida.

—¡Caballero del troncho de berza!

Una enorme plasta de excrementos de cerdo cayó sobre el cuello de Martín. Y así, corrido y maloliente, dejó atrás la fuente del Hospital General y se dispuso a dejar atrás Madrid para siempre. Faltaban unos pocos pasos para que cruzaran el puentecillo que salvaba el arroyo del Abroñigal. Al fondo, a su izquierda, se veía la torre de la ermita de San Blas; a su derecha, el humilladero; y frente a él, la fila de árboles que llevaba al monasterio de Atocha. Y después, el camino Real de Valencia. Y la nada.



## Primera parte. La familia



# 1

El niño bajaba por la calle de Atocha envuelto en una capa que le quedaba grande. La mano firme de su padre impedía que resbalara sobre la placa de hielo que cubría el suelo y que la nieve recién caída ocultaba a la vista. El padre buscaba las huellas que hombres y carretas habían dejado sobre la superficie blanca del amanecer y evitaba los surcos largos dejados por los madrugadores que habían terminado en el suelo. El niño saltaba y volvía la cabeza hacia el padre repitiendo las mismas preguntas que había formulado muchas veces en los últimos días: «¿Voy a tener muchos amigos? ¿Me pegará el maestro? ¿Voy a aprender muchas cosas?». El padre sonreía y contestaba a todo que sí. Disfrutaba del momento porque sabía que ese sería el último hijo que llevaría cogido de la mano en su primer día de escuela.

La puerta se abrió y una bocanada de aire tibio y maloliente salió hacia el exterior y retrocedió ante el empuje del aire gélido que envolvía la calle. Cincuenta cabezas de todos los tamaños se volvieron al tiempo quejándose del frío que las invadía. El padre empujó al hijo hacia el interior y cerró la puerta tras de sí. Un hombre mayor, con una barba blanca que le llegaba casi a la cintura, avanzó hacia ellos mientras otro más joven permanecía a una respetuosa distancia. «Así que tú eres Martín», le dijo el maestro, y le expresó su deseo de que fuera tan buen estudiante como sus hermanos y se portara tan bien como ellos. El padre y el maestro hablaron unos minutos y el primero se despidió ordenándole a Martín que obedeciera en todo al maestro. Martín quería decirle a su padre que

no le gustaba la escuela y que lo llevara a casa porque la alegría del camino se había transformado en miedo cuando todas las caras se volvieron hacia él, y también le daban miedo el maestro y el asistente, pero se quedó quieto y callado cuando su padre abandonó la escuela. Ese momento de abandono, sin un antes ni un después, era el único que podía recordar muchos años después, cuando terminó en una situación que nadie podía imaginar ese primer día de escuela.

Rodrigo Remírez, alcalde de Casa y Corte, lanzó una mirada melancólica a la fachada del edificio y pensó en todos sus hijos, los vivos y los muertos. En los dos que empezaban sus carreras en la Iglesia y en la Judicatura y en los tres que murieron antes de cumplir el primer año; en las dos muchachas que recibían lecciones en casa y en los dos que murieron con una diferencia de días durante una epidemia de tercianas dobles; en el mayor, muerto en plena juventud de viruelas locas; y en el pequeño, que acababa de dejar en la escuela. «Dios lo guarde», rezó mientras encaminaba sus pasos a la plaza de las Provincias para empezar el trabajo del día.

El primer curso fue el criado el que llevó a Martín a la escuela todos los días del año, menos los domingos y un corto mes en verano. Todos los días al salir de casa decía que no quería ir a la escuela y, al llegar a la escuela, decía que quería volver a casa. El criado se reía y lo metía dentro para que empezara las clases de Lectura y Escritura. Él se sentaba a la mesa y peleaba con el romance que el maestro les hacía leer y escribir. Después, un grupo de niños se levantaba y salía ante la mirada indiferente del maestro y el asistente. Un día intentó irse con ellos, pero el asistente le paró y le explicó que su padre pagaba la minuta completa y él se quedaba hasta el final. Martín entretenía el aburrimiento jugando con la cartilla. Doblaban las hojas, las rasgaba, las emborronaba y hasta las arrancaba para doblarlas mejor.

—¿Otra vez? —gritaba el padre a la vista del desastre—. Menos mal que el rey ha prohibido subir el precio de las cartillas.

—¿El rey ha hecho eso? —preguntaba la madre.

—Los que fijan los precios —contestaba el padre—. Dicen que los niños, como niños que son, rompen muchas cartillas y, si suben los precios como piden los impresores, las familias más pobres se verán en apuros.

—Bendito rey, Dios lo guarde —respondía la madre por la fuerza de la costumbre.

El maestro recordaba a todos los niños Remírez que habían pasado por sus manos. Habían sido todos tan buenos alumnos que esperaba lo mismo de Martín, pero se encontró con un muchacho distraído y poco aplicado al que intentaba estimular hablándole de sus hermanos.

—Tu hermano Baltasar te mira desde el cielo y sufre por tu falta de aplicación. ¿No sientes vergüenza por darle tantos disgustos?

En la mente de Martín quedaba algo que era más una sensación que un recuerdo. Estaba vestido todavía con la faldita infantil y unas figuras negras y alargadas se movían a su alrededor en medio de unas lucecitas rojas que flotaban en la oscuridad. No recordaba que esta escena pertenecía al día que enterraron a su hermano, y tampoco recordaba a su hermano. Para él, Baltasar no era más que un retrato colgado en el estudio de su padre. Tampoco le servían de ejemplo sus hermanos vivos. Francisco ya estaba en Alcalá cuando él nació y solo volvía a casa en vacaciones y en ocasiones especiales. Antonio vivía en el convento de Santo Tomás y los visitaba con frecuencia, pero no tanta como para servirle de ejemplo. Martín buscaba sus modelos entre los muchachos mayores de la escuela y, entre ellos, se fijaba sobre todo en los hermanos Luján.

La familia Luján pertenecía a la más pequeña nobleza y tenía recursos más pequeños todavía. Cómo vivía la familia y de qué se alimentaba era un misterio, pero algunas veces hacía la rúa de la calle Mayor en un coche alquilado y el padre se dejaba ver acompañado de un lacayo. La nobleza, aunque sea tan pequeña, debe vivir como tal, aunque no pueda.

Corría por las calles un rumor que decía que los estudios fuertes debilitaban el entendimiento, por eso eran pocos los hijos de

los grandes títulos que emprendían estudios serios. Al padre de los Luján no le preocupaba que eso fuera cierto o no, le importaba lo que hacían los grandes. Si los hijos de ellos no se esforzaban, los suyos tampoco, y los dos hermanos lo obedecían con entusiasmo. También les decía que trataran solo con los hijos de los caballeros, pero aquí solo lo obedecía el mayor.

En los dos primeros años de escuela, Martín convirtió al mayor de los Luján en su modelo. Imitaba sus gestos, sus movimientos y su forma de hablar y observaba la manera en que trataba a los hijos de los menestrales, a los que exigía, la mayoría de las veces a golpes, que le franquearan el paso gritando que nadie en su familia se había ensuciado con un trabajo manual en el curso de muchas generaciones. Martín también imitaba esa manera de actuar. La fascinación que sentía por el muchacho solo acabó cuando este dejó la escuela para ingresar en el Ejército.

El pequeño de los Luján tenía entre los hijos de los menestrales a sus mejores amigos y entre los chicos de la escuela y del barrio una fama exagerada de tahúr consumado. Decían que tenía un juego de dados que se había hecho él mismo con unos tacos de madera y que había tenido la habilidad de introducir en una esquina una bolita de plomo que obligaba al dado a caer siempre en la cara ganadora; decían que era un maestro jugando a las cartas y que en una partida de quínolas no tenía rival, pero lo único comprobado era que guardaba en su cartera una baraja y un juego de dados y que, cuando veía la oportunidad, se escapaba de la escuela para jugar una partida con los pilluelos que se reunían en las escaleras de cualquier iglesia. Se escapaba demasiadas veces y demasiadas veces le palmeaban las nalgas con el beneplácito de su padre, más molesto por la compañía que elegía que por que huyera de las clases. Un día, en su último año de escuela, lo palmearon con tal saña que Martín pensó que se acabarían para siempre sus ansias de libertad. El maestro y el asistente debieron de pensar lo mismo porque relajaron su vigilancia, pero a los pocos días, cuando los que solo aprendían a leer estaban recogiendo sus cosas, lo descubrió haciendo, por debajo de la mesa, unos movimientos que indicaban que pensaba marcharse, y fue como si lo

empujaran. Recogió sus cosas y llegó a la puerta antes de que lo hiciera el pequeño de los Luján. Este, que solo era un año mayor, pero le sacaba la cabeza, lo miró con sorpresa y lo empujó hacia fuera sin decir nada. Sin saber por qué se había ido ni a dónde iba, corrió tras el muchacho hasta encontrarse frente a la iglesia de San Sebastián. La fachada que la iglesia ofrecía a la calle de Atocha retrocedía y formaba un ángulo recto con los edificios que la limitaban por la derecha. Todo ese espacio estaba ocupado por una plataforma a la que daban acceso dos escalones que el pequeño de los Luján salvó de un brinco. Su mirada pasaba de la inevitable pléyade de mendigos a las dueñas seguidas de una criada que llevaba bajo el brazo la estera sobre la que se sentaría la señora para oír la tercera misa del día; de los mozos que buscaban un amo al que servir como lacayos a las mozas que buscaban una señora a la que servir como doncellas; del grupo que salía después de celebrar un bautizo al que entraba para contratar un funeral. Miraba con especial atención a los muchachos harapientos que guiaban a un ciego y a los que esperaban un descuido para hacerse con la capa o la bolsa ajenas, pero entre ellos no estaban los que buscaba. Bordeó la iglesia hasta la fachada de la calle Huertas y allí, entre dos paredes que amenazaban ruina, un grupo de jugadores de cartas lo recibió con exclamaciones de alegría. Se sentó en el corro y se volvió hacia Martín, que seguía pegado a sus talones.

—¿Por qué me sigues? —le preguntó con gesto impaciente.

—¿Quién es? —le preguntó el que estaba sentado a su lado.

—Un compañero que se ha escapado conmigo y no sé por qué, porque nunca he hablado con él.

—¿Te puede crear problemas? —preguntó el otro.

—No creo, pero le voy a dar un par de golpes para que se vaya —respondió Luján al tiempo que se levantaba.

—Tiene comida y una buena capa —respondió el jugador mientras tiraba de su brazo—, en un par de jugadas se las quitamos. Ya le pegarás después.

Lo invitaron a formar parte del grupo y avanzó ilusionado hacia el corro. Jugaban al rentoy. Lo sabía porque era el juego con el que

entretenían en su casa las largas veladas familiares de las tardes de invierno. Su hermana Teodora le había enseñado las reglas del juego y participaba en las partidas que se organizaban cuando no había invitados. Lo que estaba viendo ahora no se parecía en nada a lo que pasaba en su casa. Los jugadores hablaban lo imprescindible, se miraban con tensión y contaban los tantos a una velocidad imposible de seguir para él cuando se remataba una jugada. Cuando acabó la partida, un muchacho soltó un juramento y otro una risotada, y un puñado de reales pasó de las manos del uno a las del otro. Martín fue empujado al corro pese a gritar que no podía apostar nada, pero, antes de terminar la frase, se vio con unas cartas en la mano y sintió un hormigueo interior que ya no olvidaría nunca. Le dejaron ganar la primera mano, en la segunda se quedó sin comida y, antes de quedarse sin capa en la tercera jugada, apareció un rapazuelo que gritaba con todas sus fuerzas.

—¡Luján, corre, que el asistente de tu escuela sube figgando por la calle de Atocha!

Martín intentó seguir al muchacho, que corría por la calle de Huertas como si lo persiguiera el diablo, pero Luján encontró tiempo para agacharse, coger una piedra y lanzarla contra él. Estuvo un momento encogido, a punto de echarse a llorar, y finalmente salió corriendo por la calle de la Gorguera.

Los muchachos que pasaban sus días amarrados a los bancos de las escuelas de primeras letras pensaban que el tiempo se detenía cuando entraban en el aula. Martín también, hasta la mañana del primer día que se escapó de la escuela. Las horas fueron pasando con una lentitud desesperante mientras recorría al azar los lugares que bordeaban la villa en un intento de evitar encuentros comprometedores. Miraba al cielo con frecuencia para descubrir, en el camino del sol por encima de los tejados, la posición que señalaría el fin de la jornada escolar y la hora de volver a casa, y cuando por fin se vio a salvo en la puerta, si alguien le hubiera preguntado, habría sido incapaz de decir dónde había pasado el día.



Sabía que había estado en la plaza de Santo Domingo porque el edificio de la carnicería, aislado en el centro, le recordó que tenía hambre y que no tenía con qué calmarla. Había seguido la calle San Bernardo hasta que se acabaron las casas y torció a la izquierda, hacia el Quemadero, donde todavía se veían los restos de la última hoguera de la Inquisición. Le habría resultado difícil reconstruir el camino que lo llevó a orillas del Manzanares, hasta los lavaderos, donde una cuadrilla de mujeres lavaba la ropa de otros con las mangas remangadas y las manos entumecidas y llenas de sabañones. Las insinuaciones indecentes de algunas mujeres, que lo invitaban a acercarse, lo llenaron de miedo y lo hicieron salir corriendo. Sin saber por dónde había ido, se vio pasando por el Hospital de los Aragoneses y llegando a los derrumbaderos de Lavapiés. Había pasado el día caminando por lugares en los que nunca había estado antes y por lugares en los que nunca había estado solo, y varias veces a lo largo de aquel día eterno había sentido miedo, pero nada comparable al que sintió en ese lugar. Había niños que nacieron viejos, obligados a buscarse la comida desde que aprendieron a andar. Había mendigos venidos de todos los lugares de Europa que buscaban las paredes calientes de algún tejat para resguardarse del frío, y ladrones que preparaban el asalto de la noche que estaba en puertas. Había jugadores que esperaban a los que habían enviado en busca de incautos recién llegados a la villa con ganas de vivir emociones fuertes para jugar con ellos una partida a la luz de las estrellas porque eran tan violentos que ni en los garitos más duros los dejaban entrar. Y los que vendían sustancias extrañas a lacayos embozados. Y las mujeres. Llevaban los pechos al aire, pero no al descuido como algunas lavanderas, sino cuidadosamente descubiertos. Buscaban clientes entre el desastrado mundo que poblaba el descampado y ponían su esperanza en la noche para que las sombras cubrieran la nariz comida o el color amarillo, el cabello escaso o las llagas en sitios inconfesables. Todos tenían las manos bajo los sobacos y todos golpeaban los pies contra el suelo en un vano intento de calentarlos. Martín sintió las miradas codiciosas de

niños y adultos sobre su ropa. Tenía que escapar de allí. Frente a él veía las bocas unidas de tres calles que se desplegaban hacia el norte como las varillas supervivientes de un abanico estropeado. Se armó de valor, corrió hacia la de la derecha sin mirar atrás y la suerte hizo que la calle elegida lo depositara en la de Atocha al final de la carrera. Ya estaba en territorio conocido. Unos pocos pasos y llegaría a su calle. Los nubarrones grises que habían llenado el cielo le impedían calcular la hora, pero los cartapacios de los escolares que empezaban a poblar la calle le dijeron, lo mismo que lo habría hecho el sol, que ya podía volver a casa.

El portal olía a bizcocho y a yemas. Martín se lanzó a la cocina con la prisa que le daba el hambre de todo un día, pero las criadas lo frenaron cuando intentaba hacerse con una bandeja de yemas.

—Hay mucha gente en casa —le dijo el ama—. Todo esto es para el agasajo, no lo toques. Ya te busco algo para que calmes el hambre.

Con un trozo de pan en la mano, subió las escaleras en busca de su madre. Por las rendijas de la puerta de la sala que tenía enfrente, salía el murmullo de una conversación cautelosa. Entró en la sala contigua para ver sin ser visto y se acercó a la puerta que ponía en comunicación ambas salas. Agazapada entre las pesadas cortinas que cubrían esa puerta, estaba una niña alta y esbelta, con el pelo castaño y los ojos pardos de todos los miembros de la familia. Era María, la hermana más próxima a él por edad. Por la disimulada rendija que su hermana había abierto en las cortinas, vislumbró la mitad de la escena que se desarrollaba al otro lado. Un grupo de cuatro hombres que él veía, y tres más que estaban fuera de su campo de visión, se sentaban alrededor de un brasero de bronce que calentaba de manera excesiva la parte delantera del cuerpo y dejaba las espaldas muy frías.

—Claro que el rey ha recibido la súplica de encontrarse con la reina en algún lugar cercano a Madrid porque no hay dinero para más, pero no está dispuesto a renunciar al viaje.

Estas palabras, las primeras que escuchó Martín cuando se acurrucó al lado de su hermana, fueron dichas con un tono de voz

que le resultaba familiar. Preguntó a su hermana por la identidad de la persona que había hablado y un codazo dirigido a su cintura le indicó que debía callarse.

—El rey tiene veinte años y solo quiere hacer su gusto —la voz del padre llegó clara hasta los dos hermanos—. Es el marqués de Denia el que tiene que convencerlo para que no lo haga. Bueno, solo tiene que decírselo, porque el rey hace todo lo que quiere el marqués. Si este le explicara la situación del erario, el rey se quedaría en Madrid.

—El marqués sabe mejor que nadie la situación del erario. Al día siguiente de morirse el segundo Felipe, empezó a vaciarlo él —los dos hermanos reconocieron sin dificultad la voz de su tío Baltasar, seguida de un silencio incómodo, y otra vez de la voz del tío—. Además, Denia quiere sacar al rey de Madrid para alejarlo de la influencia de su tía y abuela la emperatriz.

Martín preguntó a su hermana quién era la emperatriz y por qué era tía y abuela del rey. María le mandó callar, pero a las nuevas palabras de su tío siguió un nuevo y más profundo silencio que aprovechó para contestarle.

—Es la emperatriz María de Alemania, que está en las Descalzas Reales. Es abuela del rey porque es la madre de su madre y es tía porque es hermana de su padre.

Dio por buena la explicación de su hermana, aunque la maraña de parentescos le resultara incomprensible. La voz familiar acabó otra vez con el incómodo silencio.

—Todos los que estamos aquí somos de confianza. Nadie va a denunciar a nadie, así que podemos hablar libremente. Al marqués le importa más recibir a sus majestades en sus estados de Denia que apartar al rey de la emperatriz. Si organiza un matrimonio espléndido al rey y a la infanta Isabel en Valencia y después los entretiene con fiestas fabulosas en sus estados, su poder sobre el rey no tendrá límites. Si pudiéramos conseguir que el rey se quedara cerca de la emperatriz...

El final de estas palabras marcó el comienzo de frases que se amontonaban las unas sobre las otras.

—El rey quiere mucho a su abuela. Si la visitara con frecuencia, ella lo convencería para celebrar la boda cerca de Madrid.

—La emperatriz es una mujer de moral intachable. Ella podría abrir los ojos al rey sobre la naturaleza del marqués.

—Lo que quiere la emperatriz es que el rey no olvide a sus familiares de Viena.

—Lo que quiere la emperatriz es que el marqués no aparte al rey de sus compromisos con los Habsburgo alemanes, y parece que el marqués quiere acabar con los gastos militares, con lo que dejaría al emperador sin tropas ni dinero para sus guerras.

—La emperatriz tiene más talento político en un dedo que el rey actual y el difunto juntos.

De la maraña de palabras que llegó hasta sus oídos, Martín solo entendió que había una boda.

—¿El rey se casa con la infanta Isabel? —le preguntó a su hermana.

—La infanta Isabel Clara Eugenia es la hermana del rey y se casa con un archiduque austríaco. El rey se casa con Margarita, que también es archiduquesa o algo así.

Ante la cara de asombro de Martín, María continuó:

—¡No me digas que es la primera vez que lo oyes! ¡Pero si todos hablan de la boda desde antes de que se muriera el segundo Felipe!

Era la primera vez que lo oía, pero él no tenía la costumbre, muy fea según su madre, de escuchar las conversaciones de los hombres escondido detrás de las cortinas.

Una voz con fuerte acento italiano logró imponerse a las demás voces.

—El nuncio ha escrito al cardenal Aldobrandini que el reino de Castilla ha hecho llegar a su majestad una súplica para que las bodas se celebren en Madrid.

—Sí, es cierto —en la voz reconocieron los niños a un miembro del Consejo de Castilla, amigo de su padre—. Se le explica claramente que en el reino no hay trigo, que el hambre es general y que sería muy doloroso para el pueblo pagar unas bodas tan caras.

—¿Ya sabéis cuánto van a costar las bodas? —preguntó el alcalde de Casa y Corte.

—Seguro que se aproxima a los dos millones de escudos —recibió como contestación.

Estas palabras fueron seguidas de otro torrente de frases.

—¿Quién lo va a pagar? —preguntó el tío Baltasar—, porque en el reino no hay tanto dinero.

—El que lo paga todo: el pechero castellano.

—No puede, lleva un siglo pagándolo todo y ya no puede más.

—Y seguirá pagándolo hasta que no quede uno. Apuesto lo que queráis a que antes de Reyes se publica el viaje, y antes de que acabe enero las cortes castellanas le votan al rey el servicio para la boda.

El que había hablado era su padre. Al acabar la frase se acercó a ellos y cogió a la niña por el hombro.

—Vete al estrado con las mujeres, María. Hay una niña de tu edad a la que tienes que distraer.

Martín se fue con su hermana y no se enteraron del resto de la conversación, pero el tiempo dio la razón a su padre. El 21 de enero del año de nuestro Señor de 1599, que estaba a punto de empezar, las cortes castellanas votaron un servicio de un millón seiscientos mil ducados para pagar las bodas. Y después de pagarlo, los campesinos más débiles se convirtieron en mendigos. Y los que aguantaron tuvieron que pagar los impuestos de los que se habían ido. Y aunque las cortes castellanas avisaban de la ruina del reino, los que podían tomar medidas siguieron gastando a manos llenas porque no querían saber o no les importaba saber que se estaba matando a la gallina de los huevos de oro.

El estrado era la habitación más grande de la casa. Casi la mitad de su superficie, la que lindaba con las ventanas, estaba ocupada por una plataforma de madera cubierta de gruesas alfombras salpicadas de cojines sobre los que se sentaban las mujeres más jóvenes. Entre ellos se veían hasta cuatro sillas de mujer, bajas, estrechas, tan estrechas que la gruesa mujer del tío Baltasar derramaba fuera

del asiento la cuarta parte de sus caderas. A metro y medio del suelo, una barra de madera recorría la pared en sentido longitudinal y soportaba las anillas de las que colgaba una cortina que aislaba el espacio del estrado del frío exterior. La plataforma de madera, la cortina y los dos braseros de bronce convertían el estrado en un espacio cálido comparado con el resto de la casa. Pegados a la pared estaban los escritorios de las hijas, que guardaban en sus cajoncitos la correspondencia con familiares, amigas y confesor y alguna que otra poesía alabando las gracias de las vírgenes y los santos festejados por ellas, pero no todo era tan santo. Si su padre se las hubiera tomado tan en serio como para revisar sus escritos, habría encontrado entre los papeles de María intentos de poesía, prosa y hasta comedias que lo habrían dejado perplejo. La madre no necesitaba escritorio porque no sabía leer, y menos escribir.

El estrado estaba lleno. Además de su madre, su hermana Teodora y la mujer y las hijas del tío Baltasar, las sillitas o los cojines estaban ocupados por la mujer del consejero de Castilla, la de un regidor y dos más que no conocían, una señora vestida a la moda italiana y su hija, un poco mayor que Martín y algo más pequeña que María. Recibieron a los niños con alegría y continuaron la conversación momentáneamente interrumpida. También hablaban de la boda. En realidad, hablaba solo la señora recién llegada de Italia y lo hacía de primera mano, porque, antes de embarcarse en Génova para volver a Madrid, ella y su familia pasaron por Milán para presentar sus respetos a la nueva reina. Allí fue testigo de los magníficos festejos organizados por la ciudad en honor de la recién casada por poderes en Ferrara, y gentes de su séquito le contaron el recibimiento que las ciudades austríacas e italianas habían hecho a la prometida y las fiestas de la boda. Esa fría tarde de finales de diciembre, las mujeres, medio calentitas en el estrado, escuchaban embobadas el relato de la italiana. Esta les hablaba de las perlas y los brocados en los vestidos de las damas y las plumas y los diamantes en los de los caballeros. De las fiestas campestres y los bailes que solo se suspendieron el día que llegó la noticia de la muerte

de Felipe II y se ofició un magnífico funeral, de los arcos de triunfo y las comedias, los juegos y las brillantes ceremonias religiosas. Y de lo caro que había sido todo.

—Además, la reina ha repartido limosnas por todos los monasterios por los que ha pasado. Es que la reina es muy religiosa.

La mujer del tío Baltasar se alegró como las demás por la noticia, pero a continuación hizo una pregunta incómoda.

—¿Es muy gastadora la reina?

—La reina tiene catorce años y cree todo lo que le cuenta su madre —contestó doña Beatriz intentando ignorar el escándalo que produjo la pregunta en la mayoría de las damas presentes—; y su madre cree que nuestro Felipe nada en oro. En Milán se comentaba que la madre de la reina pensaba sacar de Castilla el dinero necesario para mantener a su inmensa y necesitada familia.

El silencio se adueñó del estrado. Las mujeres no sabían si lo que estaban escuchando era correcto o no. Solo María miró con admiración a la recién llegada. Nunca había oído hablar así a una mujer. Se acercó con disimulo y se sintió alagada cuando esta se dirigió a ella.

—Eres ya toda una mujercita, María. ¿Sabes leer?

Este corto intercambio de frases bastó para relajar la tensión que se había instalado en el estrado. La madre de María contestó por ella.

—Sí, señora. Mis hijas saben leer, escribir y las cuentas necesarias para administrar su casa. Su padre ha querido educarlas bien.

—Entonces leeréis todos los días.

Fue otra vez su madre la que contestó.

—Su padre quiere que todos los días dediquen un tiempo a leer oraciones y vidas de santos, sobre todo de la Magdalena.

Teodora lanzó a su hermana una mirada acusadora que no pasó desapercibida para la italiana. En aquel momento los criados entraron con las luces, los hombres pasaron al estrado y se sirvió el agasajo. Las tazas de chocolate, que pasaban de mano en mano, eran seguidas por bandejas de bollos y bizcochos, yemas y confitu-

ras secas de albaricoques, cerezas y ciruelas. La conversación, que empezó por grupitos, se hizo general. Hablaban de los festejos que se organizarían para recibir a la reina, de la conveniencia de hacerse vestidos nuevos para la ocasión y de la más que probable reanudación de las representaciones teatrales, suspendidas desde hacía ya dos años. Era ya bien entrada la noche cuando los coches y las sillas de mano empezaron a estacionarse frente a la casa. Hombres y mujeres sacaron sus pañuelos para recoger los dulces sobrantes y salieron entre ruidosas frases de despedida.